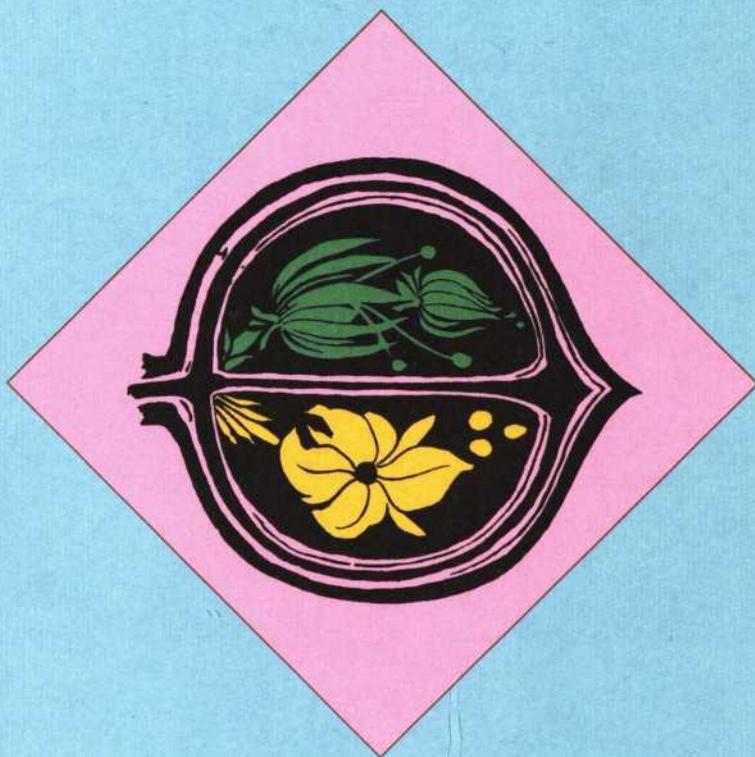


ESPERANZA ORTEGA

Mudanza



A

AVE DEL PARAÍSO

COLECCIÓN  *ES UN DECIR*

4



AVE DEL PARAÍSO EDICIONES

COLECCIÓN  *ES UN DECIR*

4

MUDANZA

© ESPERANZA ORTEGA

© AVE DEL PARAÍSO EDICIONES

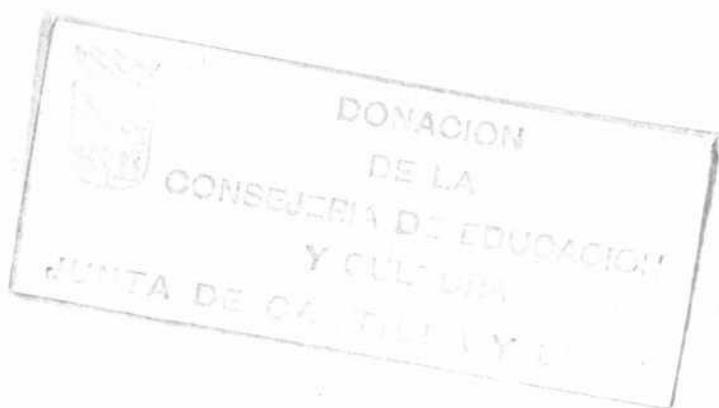
CANILLAS, 93

28002 MADRID

Teléfono: 413 94 56 ♦ Fax: 519 09 17

ESPERANZA ORTEGA

Mudanza



AVE DEL PARAÍSO

MUDANZA

*Un aureo giorno
so che lassù risplende:
ma sto pago in quest'ombra.*

CESARE PAVESE

I

Qué pequeño es el poso de las horas!
despacio
endeble
brota
fruto a tientas
en el rincón de la penumbra

tu voz en la cornisa
gime
¿aurora?
en equilibrio de ala
asida al aire pálido y celeste

—suena el klaxon impúdico—
¿como si no pendiera el fruto de oro!
¿piedra
o nube?
las garras de metal
sobre el vaivén

¿como si no nos fuera toda nuestra vida
en pos del vuelo tenue
e indefenso!

Las aspas del molino

desde la puerta abierta
tu voz como una
barca

cruza

del abrazo al camino

T transportado en el aire
teje
un aroma más puro

hilo ondulado
junto a tu ventana

y exige del olvido
un severo rescate

aquel canto imposible
por las calles desiertas

El jarrón de las flores marchitas

alguien
que se dirige a ti
como si ya te hubiera visto en sueños

en la quietud de los manteles
el polvo y las espigas

—esto he salvado—

vuelan entre las voces
huelen a terciopelo y a penumbra

fijos los ojos turbios
en el rescoldo de la hoguera

Una pobre ventana
y tu mano tendida

la noche de los cuentos
y el alba en el umbral

ya no preguntas
ya no buscas las huellas

en el abrazo ciego
del verdadero amor

espera

el sueño de las horas
sobre el mantel

mientras dure el camino

A ciegas

el húmedo algodón
restos de polvo en el sombrero

una manzana
recostada en la nube
tal vez
sobre la herida
del cristal

tu mano abierta

puede que sí
que sea
la humedad de unos labios
la que así te acaricia
cuando cantas

sobre el aparador
—abres los ojos—
yace el sobre cerrado
que tiembla como un lirio

No hubo herida ni mancha
ni siquiera un rumor
se alzó sobre las hojas

porque era el deseo el que regía
el filo del cuchillo

¿qué fue de aquellas alas?

y tampoco la gracia es el consuelo
que el viento no abrazara otras plumas
más blancas

agazapada
te preguntas

Cerca del puente dormían en las barcas
como ramos de flores olvidados
en la arena

desdeñaban frescura

y en sus manos abiertas
al aire regalaban
las caricias

nunca viste sus rostros

memoria o viejo sueño
rehén en la tibieza de las tardes de niña

¿hablarán en tu lengua si algún día despiertan
con palabras oscuras y suaves como pétalos?

pero quién les diría
—porque sólo la sombra se oculta entre los árboles—
que nada hay más feliz
que la flor que se mece ignorada y secreta
expuesta al abandono
en la corriente
del reposo

La sombra en el cristal
opaco del reloj
el tacto frágil
de tus pasos
sobre el parquet
la mirada absorta
de la niña en las hojas
del cuaderno
ni siquiera
el vuelo de un gorrión
sobre el tejado de este día

el reloj detenido ahora
agoniza en la tarde
sin música y sin rosas
tu soledad cayendo
los dos niños dormidos

sin pasión
como una amapola
pequeña que no sabe
de ambición o de gloria
has dejado un poema
sobre la mesa puesta
de este ayer en olvido

Cajas selladas
que nadie abrirá nunca
como el niño tendido
que abandonaste en el portal

era tuyo
llevaba tus caricias sin saberlo

como aquellos secretos
que te avergüenzan y te ofenden
como el vino que derramaste
sin probarlo

están en algún sitio
te esperan
en un recodo del camino

llorando mientras otras manos
sellan sus ojos sin memoria

Abrir la puerta
(eso era el amor)
¡cómo te aguardan los mendigos!

se aferran unas manos
y no es el miedo lo que las mantiene
tan cerca tan inmóvil

quién era

el que traspasa las paredes
desde el ángulo oscuro
te contempla

de espaldas
ojos
clavados en el aire
apunta a tu secreto
una flecha certera

podías transformar el barro en nube

La chimenea
frágil
atisba la inmensidad
desde el ojo mugriento de ceniza

el pájaro lo sabe
y la contempla quieto

qué va a volar
—ya está volando—
hacia el breve recinto que es su cielo

Con los ojos cerrados
he abierto una ventana

la leche que ya humea en la cazuela
el vacío caliente que dejas en las sábanas
una mujer que cruza a tientas
y sin reconocerte te acaricia

ignoran
que marchan a tu lado

no saben
que existe una ventana
ni que vuelves
del camino a tu sueño

El derribo
es silencioso a veces

sale el sol
conmemora
el paso de los días

emergen los ahogados
cuando ya ha anochecido

Una percha olvidada
y la lámpara vieja

los niños
se despidieron del caballo blanco

se sostenía muda
tu casa
apoyada en el aire de la claraboya

donde el amor creció invisible
tierno como un racimo
asombro
de gentiles fantasmas descuidados

sin embargo el otoño
cayó sobre la casa
y la cubrió de sombras amarillas

Perfume
demasiado profundo
es el esplendor

todas las luces encendidas

apenas roza
la penumbra en los labios
y descendes

vas contando las huellas
que resplandecen a tu espalda
te empujan
a la casa vacía

una voz
ilumina la casa sin ventanas

todo espera
menos aquel perfume de las rosas
rendidas a la sombra de tu mano

ahora yace en la cumbre
como un león vencido

Aquéllos florecían en las tardes
cuando escapaba el sol de la terraza
próximos y remotos
olas rotas
sobre el silencio de las escaleras
rumor
y pasos tenues
algún grito una vez
de un incierto socorro

y había un velo en el umbral de cada
puerta
que nunca traspasaron
los vecinos

En el desierto
andan descalzos
y siempre tienen sed

añoran el frescor de los oasis

y cuando tú apareces
se zambullen
sin piedad
voraces de sosiego

nunca
recobrará el poder
de un talismán tu nombre
para nadie

en el umbral
—somos nosotros—

los pobres niños
para los que tú eras
el alba más feliz

También para escribir
—como bien sabes—
es preferible la tristeza

que te lleve la mano
la cuerda que amenaza
con hundirte del lado de la sombra

perezosas
habitan las trincheras
las promesas rendidas

es preferible cuando la corriente
—esa corriente sucia que traen ahora los ríos—
se desborda del cauce

cerrar los ojos sin reproche
sumergirnos
en el remanso mustio del dolor

U nos ojos
que te ven desde el quicio de la tienda
el saludo del triste
barrendero
o la seña minúscula
del que encorvado sube
la persiana

milagro
cotidiano del reconocimiento
¡qué más darán sus nombres!
ves en ellos
la esforzada mañana que asciende
a la cima del día
la certeza
de que tu mundo aún está habitado
por la carne y la luz

Para correr entre los árboles
deshabitados?

nadie

la casa va inclinando
su envergadura en sombra

¿para esto nadábamos
hasta la otra orilla?

no hay palabras
para decir que no estás

Y el otoño nos tienta
como un precipicio
de soledad un eco
espeso de caricias

no hay río
para limpiar nuestras heridas

el reloj sobrevive
a la caída de las hojas

Voces
que no dicen su nombre

el mar
absorto
casi moja tus pies

nadie recoge la queja de los pájaros
que mueren en la arena

—ahora no eres tú—

voces
de niños que no encuentran
una mano perdida

les oyes crepitar

¡no abras los ojos!

Músicos de madera
con ojos extasiados
enmudecen

podrías escribir
unas palabras de saludo
abrir la caja vieja

pero vuelve
el fiel afilador

que apenas se sostiene en el alambre

aquel anillo entre el montón de harina

Es de los que la pierden
la inocencia
sin saber
sin audacia

huecos
como refugios
de pájaros errantes
así quedan
petrificados por la mirada altiva

no atiende
la caricia sombría al abrazo ignorado
del inocente

sin fecha sin memoria

sordo el golpe rotundo
del pájaro caído

Apenas es
el pliegue que se ondula
un ave imaginada
en tu regazo es
o el roce o el adiós entre el tumulto
el suave movimiento que te anuncia
que el barco va a zarpar

no ha encontrado unos brazos
que lo eleven al paso del desfile
y ya desaparece
esta muerte pequeña
avicinada en las palabras que se callan
que te lleva la mano cada día
para que firmes una rendición
débil
informe
compañera prudente que ahoga las promesas
pero tenaz
el suave parpadeo
apenas es

Las sombras pesan como el sueño
se sostienen sin tallo
entre el desfile de los pies desnudos

como cristales rotos
en ventanas desiertas
conducen a la noche

pero hay en la oquedad
ciega
del pozo
un resplandor errante
que las ilumina

Si fueras invisible
oirías sus charlas hasta el amanecer

sin saludos ni adioses
leerías los libros
mientras ellos pasaban las páginas
siempre detrás
¡qué blandos vuestros pasos
sobre el césped dorado del otoño!

el eco de tu nombre
te llegaría desde lejos
como un pájaro preso que se asoma
al balcón dibujado en la pared

nostalgia de ese olvido
llena los huecos tristes en que posas
las alas
tantas veces

A salvo de las agujas del reloj

recordarás que nunca estabas
que te olvidaste siempre de cerrar los ojos

—sólo ante la atención
del buen samaritano—

sí que importa
que se vea la caja en donde ofreces
la mirra a los pastores

para decir adiós

Como escapa un esclavo de la plantación
—ésta es la venganza—
cruzar la tapia de cemento

no importa
descalzos que arrastremos
nuestras pobres cadenas

seguir el vuelo último del pájaro
que cae
y si es posible
que preserve su huella rendida por el peso
del día que amanece

—¿triste?—

pero es mi venganza

Que no te abandone

no hay
ni el roce de la sábana
limpia
ni los nombres que cesan

vacías no habrá
sostén para tus manos
ni memoria
apacible

conjuro
para tus días perezosos

En esta habitación había un libro abierto
la ventana pequeña
y una escalera que subía
la luz se reflejaba sobre la mesa en sombra
y una flor ya marchita

lo hubiera deseado

asomarme
al deambular sin alas de los insectos torpes
volver atrás
con paciencia insensata
hacia la galería de las palabras apagadas

La implacable aspereza
o el olor de los frutos
podridos

todo
lo sabe
la cama donde duermes
o aquel espejo sobre el que te inclinas

con la tenacidad de un brote
erguido
te amenaza

que ha llegado el momento de la rendición

Hay caricias heridas

frágil exactitud
huellas
rescoldo
inocencia tenaz
que no socava el aire

aquel cofre dorado
en el océano de sombras

Cómo decir
si no sé el nombre de los pájaros

entre la multitud
un color me deslumbra

que es la luz apagada
de los sueños dichosos

Os ausentásteis para beber del manantial

yo sólo os vi de espaldas
encorvados
ocultando el cansancio
de la severa ascensión

eco de pétalos y voces
os espera
mi casa
emboscada entre espigas

he llegado hasta aquí

AMOR CORTÉS

¡Oh cortesía, oh dulce acogimiento!

FRAY LUIS DE LEÓN

*La ofrenda del cortés
es invisible*

enseñaros las cartas

sombra

rescoldo

poso

miga

el aroma de aquel frasco vacío

palabras abandonadas

por labios sin memoria

—esto lo recogí

cuando os marchábais—

hacer un dios de cada uno

injustamente no adorado

DEDICATORIA. A: Luis Javier Moreno (1), Carlos Ortega (2), Ana Sánchez y Luis Miguel Marigómez (3), Olvido García Valdés y Miguel Casado (4), Gustavo (5), J. M. (6), Francisco Pino (7), Tomás Salvador (8), Manuel (9), Esmeralda Hurtado (10), Antonio Gamoneda (11) y Juan Ramón Jiménez (12)

(1)

Destapa
su lámpara pequeña
el buen amigo
—un genio preso tiene—

y rebosa la risa
sobre el mantel
como la espuma de cerveza

la tristeza se escurre
por los bolsillos rotos

por eso le escribimos un poema
—un genio preso tiene—
para que vuelva
el buen amigo

con su lámpara

(2)

Estrecho en el rincón que es hilo fino
manso para quien abre la ventana oscura
del equilibrio más
humilde en el andamio

no decir no dejar perder supongo
sujetar a la cuerda del extremo
que ata a las palabras un suspiro

como una flecha roza casi hiere
pero recapacita y de reojo

(un día se rendirá
levantará las manos
sin apoyo volando de sí mismo)
entonces

habrá que ver
si flota en el abismo

(3)

Huéspedes en la casa sosegada
escancian los venenos

su medida es la justa

como quien paga con moneda
que todos más estiman

luego nos hacen un regalo
de beatitud al entornar los ventanales

y nos dan un adiós
casi inmune

(con una sombra de sospecha)

(4)

Sin el zumbido
ni su aguijón
ni los ojos de vidrio
laboriosos
tejen en sus telares de penumbra

hospitalarios
nos recogen
cuando llegamos huérfanos a su madriguera
nos lavan y nos visten
y nos despiden al amanecer

dicen que lamen sus heridas
con sus lenguas cansadas
una vez que regresan de pagar el elevado
rescate de los días

por eso
porque no se conoce que hayan faltado nunca
a la cita del verso más humilde

alguien tendría que desandar un trecho del camino
apartar la maleza y extender para ellos
la alfombra
del reposo

Veó cómo se miran
colgados del trapecio

veo su confianza
en la suave turgencia
de la red del amor

les veo deambular

alguna vez les veo dirigirse
hacia el camino
codiciable

les veo perezosos y agilísimos
cómo se internan en el bosque

es ahora cuando decido abandonarles
abro los ojos

minutos antes de que decline el sol
y los lobos desgarran el espejo

(6)

Todo se vuelve pétalo
y entrevisto refugio cuando teje
esta tela invisible sobre el hueco
torcido de la tarde

—y los nidos a salvo del tic tac—

mientras tiende piadoso
su bandeja
que recoge el rescoldo de las horas

*

atención —libra el ala
oculta en el sombrero—
se anudaron las voces y el temblor

(ahora deberíais aplaudir)

qué más da si nos miente

otra vez ¡otra vez!

EL DUENDE DEL CUIDADO

(7)

Alguien acude a desatar
tus manos anudadas a la espalda

su máscara retira
una voz más oculta

¿quién viste de hermosura
los nidos que florecen?

aguardan el extravío de la flecha
ajeno a la codicia de precisión
de la diana

(8)

La sorpresa
de despertar en ojos ávidos

allí abandonamos el peso de la tarde
atentos al rumor de las raíces

¿qué flecha
atravesaba aquel cristal?

—es eso ahora—

la caricia inconstante de un olvido

Un ángel te lo cuenta
entre bostezos—

para Manolo está la silla preparada
al lado del señor

benigno centinela o clemente
gladiador que se apiada del caído

y levanta la copa

anuncia con su gesto
que la vida es un lugar incierto
más oscuro de lo que sospechábamos
dobla la servilleta
y se encamina...

¿conseguirá que entremos
con él
al paraíso?

hace falta —nos dice—
que nos acerquemos los unos
a los otros
y que algunos permanezcamos en cuclillas

ahora
mirad al objetivo

*como si nunca el dardo traspasara
más delicadamente un corazón...*

Ahora es casi el gesto
de desmiguar el pan sobre la mesa
un perfil
—¿no lo sabes?—
de estrella para reyes sin corona

¿qué rescate
pagaremos por el más desvalido?
¿acaso será el don
de la hoguera encendida en el andamio?

mas aún es de noche

su deambular redondo
lo conducen las manos diminutas

los gorriones contemplan
con ternura imposible
el desfile ordenado de estas migas de pan

(11)

En cada gesto
un grito sin umbral
una sima más honda

brazos para que apoyes tu torpeza
en este descender
vertiginoso

es eso lo que buscas
entre los matorrales

pero deslizas la semilla hacia la tierra ávida

también la soledad
se desbarata
ve surgir de su cáscara un polluelo

Venciendo el peso del montón de arena
la ocre opacidad de las raíces
en sus ramas
tú
te columpiaste

y era la sombra del lugar ameno
que nunca languidece
como lejanos príncipes
envolvieron las horas en su papel dorado

hoy son mendigos los más pobres
que muestran su tesoro

pero tú les preguntas el camino
—cada uno
te responde en su lengua—

DE LA FIEL CARAVANA

*Un Hoyuelo en la Tumba
Hace de ese feroz Recinto
Un Hogar—*

EMILY DICKINSON

La tarde ha vuelto a equivocarse
ha creído que la esperabas tú
que ibas a ser suya

pero pasaste sobre ella
sin posar por un momento el pie
has volado a su lado
sin apenas mover una pluma

no era al recinto de la felicidad
a donde te encaminabas tan secretamente
podrías haberte adueñado
de cualquier lugar del mundo

Tú cuidas de un caballo por el que nadie apostaría
tiene lacias las crines
y ya está envejeciendo

aunque no participe en las carreras
pero te ve
y relincha como un adolescente

se alzaría al galope
por encima del hipódromo y más allá
sobre una llanura interminable
es cierto
el camino lo lleva dibujado en los ojos

nadie le seguiría en su vuelo insensato
ni tú misma
resistirás en la montura el envite que anhelas
esa fuerza
por la que has apostado
la escasez la desdicha
incluso la pequeña y cuidada parcela de gozo
que aún te pertenece

Piadosamente
recoges cada mañana estos naipes caídos
y elevas un nuevo cielo con tus manos
desconoces
qué poso de nostalgia dejará
en la copa vacía que sostienes
pero al menos provees a los pájaros
de un recinto inestable para que alcen el vuelo
y te abandonen

la verdad es que tampoco sabes
lo que va a ser de ti

mientras retocas su perfil azul
la pregunta es quién recogerá los altramuces
que tú desprecies este día

Hoy caen piedras desde los tejados

sólo recuerdas esa luz
un resplandor que iluminaba el laberinto

lo que habías dejado a resguardo de la tempestad
aquello
o no te reconoce
o te vuelve la espalda

sólo recuerdas esa luz
y no sabes si ocultarte en la fronda
o cambiar de camino

porque hoy las piedras no te van a perdonar

Sería más temible
abrir esta ventana
y que ya no se viera aquella casa en ruinas
que el abandono de la carne muerta
dejara de venderse en un mercado
silencioso

no volver a escuchar al dolor
cuando araña la puerta como un cachorro inquieto
abandonar el rastro de la fiel caravana
sería más temible
desoír esa voz para siempre
ésa que te reclama desde el túnel
amigo

El día feliz
conquistarás
la libertad de nombrar cada cosa

permaneces inmóvil
ahora
en la cubierta

estatua
contra el viento inclemente
que salpica tu decisión de rigidez

La culpa es sólo tuya
de no haber apostado por cualquier otra carta
de no ahogar esa sombra que escondes
monstruosa
detrás de las cortinas

tampoco ella es la responsable
de que no huyas
y de que tengas miedo

de que te hiera la pulcritud de las agujas
su implacable constancia de belleza
y de muerte

Has llegado a la cima de aquel monte
ves
el panorama fúnebre
de las tierras labradas
una pequeña casa que habita el abandono
y bordea un corral sin animales

tu recompensa
la ley de la fatiga sin presagio
sin voz

Cerrarás el paraguas
sacarás una mano
primero
para cerciorarte de que la lluvia cesa
y después mirarás hacia arriba

el fardo lo habrás abandonado
en una calle que todavía desconoces
y poco a poco
te vas a erguir como las hojas
cuando las aproximan al balcón

casi casi
ha llegado ese día

nada te estorbará cuando transites
y podrás asomarte a la ventana iluminada
libre del lastre que te ata a la constancia de penumbra

no llores
ha pasado aquel tiempo
ya crees atisbar un arco iris
en la oquedad sin vuelo que será para ti
ese instante
otro fiel paraíso

Río que nace y vuelve
marea tuya silenciosa
escondida

un río lento tibio
espeso se desprende
que canta mientras hunde sus velas y naufraga
una nave de oro

de la que nadie sabe nada más que tú
en tu río de tierna pesadumbre

Tan frágil entre las hojas que se alzan
rama que cuelga casi
a ras del suelo
sangraron tus manos pero ahí está

el silencio la apaga
golpea con su torpeza de gigante
la dulzura
formó parte de ti

era la arista amable
que alcanzabas aún
el benigno escenario
para ensayar con discreción tu pirueta

Habr  un silencio hondo de raíces
y un olor tierno a pétalos y almendras
el día en que apagues la luz
y alumbre sobre todo
un brillo tenue huella
que conduzca al rebaño

 de dónde?
luz no sabes
hacia el ala o la herida

entre el perfume gris de la ceniza
ambas te esperan

Hay días
huecos
sin horas sin minutos
simas en donde las voces caen
como las piedras y se pierden

horas felices hay
también
y tú las acaricias con dulzura
para no perturbar esa frágil quietud
desprevenida con que posan sus alas

cuando se van
renuncias obediente
a perseguir su vuelo inalcanzable

Dentro de ti excava hoyos oscuros
y secos que se anegan y que
luego recuerdas el sabor salado
de la tierra en la boca

te asombra que por encima de la oquedad
vuelen los pájaros o que la lluvia
con suave mansedumbre
delicada cortina descorra para ti

sentías un peso inerte ya tan lejos
de un corazón o aliento pero te equivocaste era
el odio
un coloso dormido
sobre el que reposabas la cabeza

Entre el llanto y la risa ya
no tienes
espiral para ir del tiempo al tiempo
deslizándote

risa
es la corona que asciende algún peldaño
el llanto cierra
con la tensión de un fardo ajeno a ti
tus párpados

hunde suave sus garras

El amor te protege de la noche
—no lo olvides—
con el paraguas blanco abre sus alas

si despierta
y del torrente bebe esa frescura

la más triste cosecha la anega
su caudal
detenido

no hay camino más cierto

—estás ausente
debajo de aquel manto—

aunque marches a tientas en la niebla
por senderos oscuros

Abandonas aquel lugar de espera
entre las simas más distantes
y nadas de una voz
a otra voz

detrás del rastro
ese anhelo de estar
contigo quieres
tener el sueño y las carretas
aunque sea codicia inalcanzable

aquí y allí
un crepitar de fuego y ramas tiernas

Amoroso silencio de las calles
intactas
de las persianas como cielos
caídos podría ser
advenimiento de un pobre dios minúsculo
entre voces rendidas y lámparas sin luz

anuncia anuncia
niño celeste nacido de la pausa

sobre un desierto libre a las urgencias
al ávido ulular
tú le ofreces
ahora
el gesto apaciguado
tendido sobre el cofre de la mirra

Daros a cada uno
un día bueno

la luz amanecida en los cristales
en concierto ondulado de noches y de auroras

ascender la corriente
—existe esa dulzura—
conservar la tensión aplicada de los pies que no pisen
a las hormigas afanosas

sin embargo te aferras
con crispación a la cornisa del instante

tu día nunca acaba

En la maraña dulce
hundíais vuestras manos
con la gula
del hombre rescatado en el desierto

abundaba en las tardes
tanto
y amanecía cada mañana más
que no era posible la pobreza
ni la desolación si estaban vuestros dedos
tan cerca acariciándolo

—entonces era así—

heridas que brillaban
como piedras preciosas
y amables centinelas en la orilla

¡oh dulces prendas!
debes guardar los pétalos caídos
porque alguien tendría que cantarle a tu pelo

Una puerta cerrada

las manos que no acuden
a ayudarte a saltar
incluso
esta sabia destreza con que afina
su puntería
el más cruel

o quien te ignora
como no se conoce una lluvia menuda
que apenas humedece

pero qué gratitud cuando regresan
—grito desdén ofensa o abandono—
transfigurados a tus brazos

gentiles te regalan
el don de moldear su masa dúctil

y nadan obedientes entre tu falda oculta
—mi secreto
el aroma del tilo
y el mudar de la estela—
entonces

el rey recapacita
anuncia avergonzado al asombro del séquito:
"aquí hubo un misterio
que mi poder no entiende"

Ahora sólo tienes una vida

*bajas las escaleras
agitas tu pregunta como un pañuelo blanco
quedan sobre el tablero
peones poco ágiles y fichas sin valor*

*has desmigado el pan
has dejado que el agua te escurra entre los dedos
¿te das cuenta?
ahora sólo tienes una vida*

*vuelves a oír la voz del visitante
no la dejes morir
abre la puertecilla de su jaula
permite que acompañe a la bandada de los estorninos
la belleza
asoma en las rendijas de este gesto imposible
su rastro es tortuoso y su fulgor
alumbra hasta el abismo sin lámpara ni estrella*

*pero toda ella cabe
en el cielo minúsculo
de tus manos vacías*

ÍNDICE

MUDANZA

I

¡Qué pequeño es el poso de las horas!	13
Las aspas del molino	14
Transportado en el aire	15
El jarrón de las flores marchitas	16
Una pobre ventana	17
A ciegas	18
No hubo herida ni mancha	19
Cerca del puente dormían en las barcas	20
La sombra en el cristal	21
Cajas selladas	22
Abrir la puerta	23
La chimenea	24
Con los ojos cerrados	25

II

El derribo	29
Una percha olvidada	30

Perfume	31
Aquéllos florecían en las tardes	32
En el desierto	33
También para escribir	34
Unos ojos	35
¿Para correr entre los árboles	36
Y el otoño nos tienta	37
Voces	38
Músicos de madera	39
Es de los que la pierden	40
Apenas es	41
Las sombras pesan como el sueño	42
Si fueras invisible	43
A salvo de las agujas de reloj	44
Como escapa un esclavo de la plantación	45
Que no te abandone	46
En esta habitación había un libro abierto	47
La implacable aspereza	48
Hay caricias heridas	49
Cómo decir	50
Os ausentásteis para beber del manantial	51

AMOR CORTÉS

<i>La ofrenda del cortés</i>	55
Destapa	57
Estrecho en el rincón que es hilo fino	58
Huéspedes en la casa sosegada	59
Sin el zumbido	60

Veo cómo se miran	61
Todo se vuelve pétalo	62
Alguien acude a desatar	63
La sorpresa	64
Un ángel te lo cuenta	65
Ahora es casi el gesto	67
En cada gesto	68
Venciendo el peso del montón de arena	69

DE LA FIEL CARAVANA

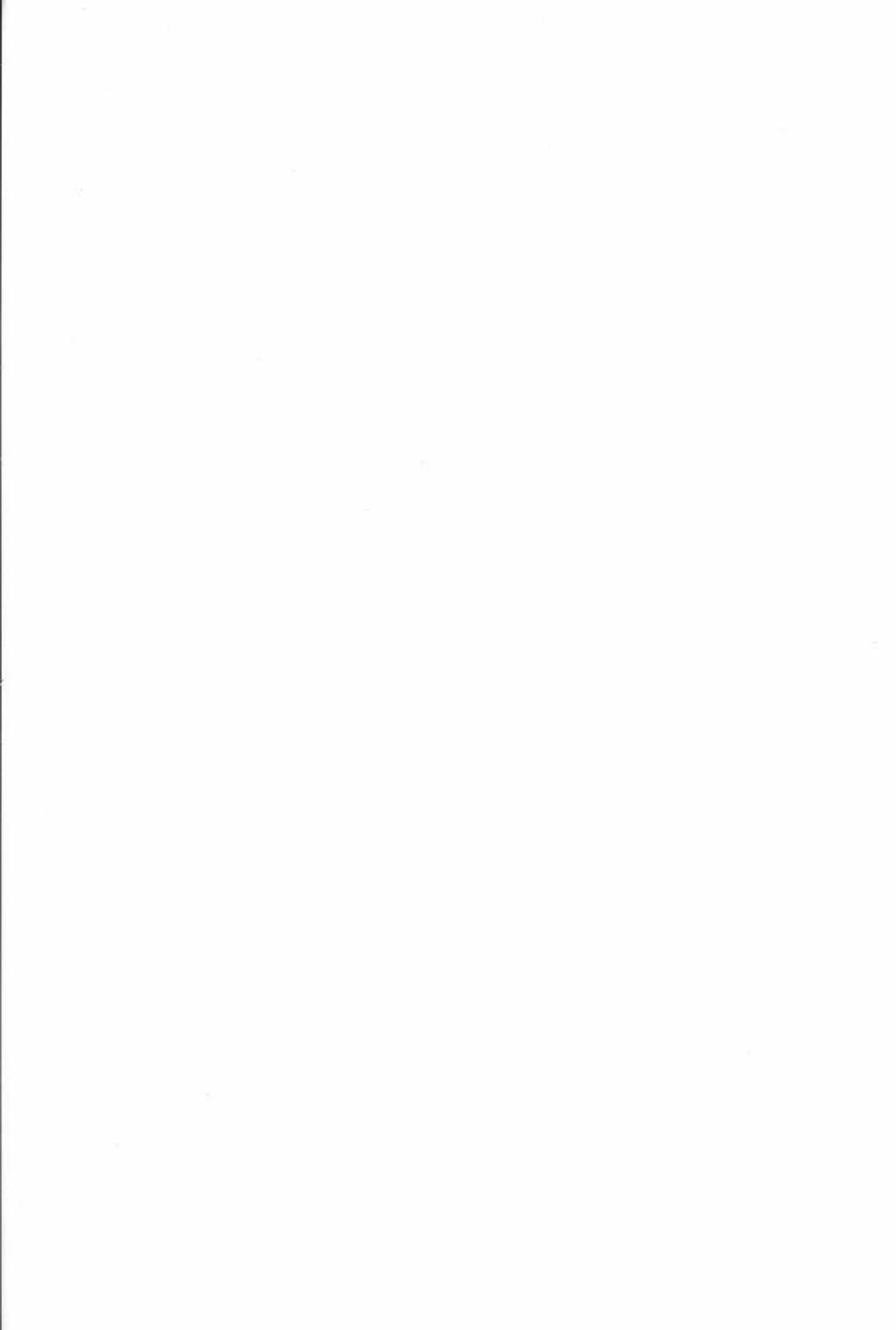
I

La tarde ha vuelto a equivocarse	75
Tú cuidas de un caballo por el que nadie apostaría	76
Piadosamente	77
Hoy caen piedras desde los tejados	78
Sería más temible	79
El día feliz	80
La culpa es sólo tuya	81
Has llegado a la cima de aquel monte	82
Cerrarás el paraguas	83
Río que nace y vuelve	84
Tan frágil entre las hojas que se alzan	85
Habrà un silencio hondo de raíces	86
Hay días	87
Dentro de ti excava hoyos oscuros	88
Entre el llanto y la risa ya	89
El amor te protege de la noche	90

Abandonas aquel lugar de espera	91
Amoroso silencio de las calles	92
Daros a cada uno	93
En la mañana dulce	94
Una puerta cerrada	95

II

<i>Abora sólo tienes una vida</i>	99
-----------------------------------	----



DEL MISMO AUTOR

POESÍA

Algún día, Ediciones Portuguesas, Valladolid, 1988.

NARRATIVA

El dueño de la casa (Premio Jauja de Cuentos 1993), Caja España, Valladolid, 1994.

ENSAYO

El baúl volador (Premio Giner de los Ríos 1984), Junta de Castilla y León, Zamora, 1986.

Antología de la generación del 27, Anaya, Madrid, 1987.

Verso y prosa de Juan Ramón Jiménez, Edelvives, Zaragoza, 1991.

Este libro,
número 4 de la colección
ES UN DECIR,
al cuidado de Manuel Ferro,
fue compuesto en Cromotex,
se acabó de imprimir
el 14 de abril de 1994
en los talleres de Closas-Orcoyen
y lo encuadernó Ramos
en Madrid.



COLECCIÓN



ES UN DECIR

1

JOSÉ-MIGUEL ULLÁN
Visto y no visto

2

EDUARDO MILÁN
Nivel medio verdadero de las aguas que se besan

3

MIGUEL SUÁREZ
La voz del cuidado

4

ESPERANZA ORTEGA
Mudanza

5

JOSÉ-MIGUEL ULLÁN
Razón de nadie



ESPERANZA ORTEGA nace el 15 de octubre de 1953 en Palencia.

Otros libros de esta autora: *El baúl volador* (1986) y *Algún día* (1988).

COLECCIÓN  *ES UN DECIR*

4



AVE DEL PARAÍSO



9 788488 547118

ESPERANZA ORTEGA



MUDAMBA